



La Sierra

Don Víctor: Y mire por detrás cómo se asoma la Sierra.

Don Hugo: Desde aquí la vemos completa.

Don Víctor: ¿Usted cree de verdad, don Hugo, que los madrileños la aprecian?

Don Hugo: No sé qué decirle, don Víctor, porque parece que presumamos de ella más de lo que la disfrutamos.

Don Víctor: La verdad es que de ahí nos llega el frío, ese relente que no apaga un candil y mata a un cristiano.

Don Hugo: Por eso Madrid intenta orientarse hacia el calorcito que nos llega del Sur.

Don Víctor: Pues eso ha sido una bendición porque es lo que la ha preservado, algo impensable tan cerca de la capital.

Don Hugo: Sí, si hasta las casitas de la Sierra se que-

daron a medio camino...

Don Víctor: Al fin y al cabo los excéntricos del Club Alpino fueron cuatro gatos y no la estropearon mucho.

Don Hugo: Como los de la Institución Libre de Enseñanza...

Don Víctor: Créame usted, don Víctor, los parajes que pateara el Arcipreste, ahí siguen tal cual.

Don Hugo: Pero sin serranas.

Don Víctor: Los que eligió Felipe II y los que pintó Velázquez.

Don Hugo: Y del agua de Lozoya, ¿qué me dice usted?... No hay agua mineral como ésa en todo el mundo.

Don Víctor: Agua bendita.

Don Hugo: Aunque ya, por desgracia, no sea la misma.

Don Víctor: Vamos, que con esto de la Sierra es como en aquella copla, que "ni contigo ni sin ti".